

# **BIBLIOTECA SELECTA**

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

---

Año 1

— MARZO DE 1946

— Número 3

---

**ENRIQUE RUIZ VERNACCI**

## **INTRODUCCION AL CUENTO PANAMEÑO**

•

## **C U E N T O S**

**DE**

**SALOMON PONCE AGUILERA**

**DARIO HERRERA Y**

**RICARDO MIRO**

**NOTA DE ADOLFO SANCHEZ VASQUEZ**

•

**BIBLIOTECA SELECTA**

**P A N A M A**

**1 9 4 6**

# **BIBLIOTECA SELECTA**

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Oficinas: Avenida Ancón 73.

Apartado postal: 3181

Telefono: 1436-L

Panamá, República de Panamá.

**Precio de Suscripción**  
**B. 1.50 al Año**



IMPRESIONES • ALTO RELIEVE  
PROCESO DE LITOGRAFIA  
RAYADO • ENCUADERNACIONES

**IMPRESA DE LA ACADEMIA**

**Calle Juan B. Sosa, No. 8 • Panamá, R. de P.**

# ENRIQUE RUIZ VERNACCI

(autobiografía)



Nací en Santiago de Cuba, el 3 de Mayo de 1894.

Hice mis primeros estudios en un colegio dirigido por jesuitas franceses en las cercanías del Pau, Bajos Pirineos, Francia. Seguí esos estudios en Madrid, en el Colegio de Chamartín de la Rosa. Allí coroné mi bachillerato en ciencias y en letras.

Me gradué de abogado en la Universidad Central de Madrid, donde cursé toda la carrera. Hice también allí estudios de Filosofía y Letras. En el Centro de Estudios Históricos de Madrid hice estudios de arte bajo la dirección de don Manuel Gómez Moreno. Estudié Humanidades en Madelaine College, Oxford, dos años: esencialmente griego y latín. Hice dos cursos de filosofía en la Sorbona de París. Y un curso de arte en la Universidad de Laussane, Suiza; otro curso de peritaje en Arte en Munich, bajo la dirección de Augusto L. Mayer, Director que fue—hasta la era de Hitler—de la vieja Pinacoteca de aquella ciudad bávara.

Antes de iniciar la carrera de abogado en Madrid, estudié filosofía en la Universidad de Lovaina, Bélgica dirigida por jesuitas.

Cursos especiales he seguido con Bergson, en el Instituto de Francia; con Paul Valéry, en el mismo Instituto. He asistido al curso de Ortega y Gasset, sobre Metafísica, en la Universidad Central de Madrid y al de don Ramón Menéndez Pidal en la propia Facultad de Filosofía y Letras.

**BIBLIOGRAFIA.** — “MUECAS”, Panamá, 1921.—  
“ACUARELAS INTERIORANAS” (dos tomos) 1923,  
1924.—Una selección de poesías de María Olimpia de  
Obaldía, con un extenso prólogo: edición del Instituto  
Nacional, 1927.—Panorama de la Literatura Española  
Contemporánea: serie de conferencias pronunciada a fi-  
nes de 1929, editada por el Instituto Nacional.—“Lec-  
turas Clásicas”. antología de poesía y prosa para los co-  
legios de Segunda Enseñanza, Panamá, 1927.

Un ensayo sobre Pablo Picasso publicado por “El  
Sol” de Madrid en folleto, 1930.

Varios prólogos a obras poéticas nacionales, entre  
ellos, el más reciente el de la Antología de Demetrio  
Herrera S.

**EN PREPARACION** (quizá eternamente...)

Un tomo didáctico sobre Ritmo en el verso castella-  
no.

Una novela con título en condicional: “Guirigay”.

Un tomo de Crítica Literaria de temas nacionales.

“El Cuento Panameño y su bibliografía”. A este  
libro se añade una selección de cuentos sin pretensiones  
antológicas y las fichas del cuento panameño hasta 1943.  
Está en manos del librero Ferguson.

---

La “Introducción al cuento panameño”, que publica  
hoy la “Biblioteca Selecta”, es el resumen de una serie  
de conferencias dictadas en la Universidad Nacional en  
el año 1943, por tal motivo no aparecen en ella muchos  
cuentistas que se han revelado posteriormente, si bien  
es cierto que—acaso por la precipitud y por la falta de  
fichas biobibliográficas—omitió varios nombres que debió  
haber citado. Entre los olvidados recordamos los nom-  
bres de Antonio Isaza, Eduardo Ritter Aislán, Julio B.  
Sosa, los hermanos Beleño, Ramón Jurado, Stella Sierra,  
Juan O. Díaz L. Mario Augusto Rodríguez los hermanos  
Riera, Guillermo Sánchez, José A. Cajar Escala, Chang-  
marín, Alfredo Cantón, Raúl Wong, la señora Sarasque-  
ta de Varela, Rodrigo Núñez Quintero y el mismo Ver-  
nacci.—Nota del Editor



# PERFIL DEL CUENTO EN AMERICA

Por ADOLFO SANCHEZ VASQUEZ

*El cuento es hoy por hoy, el género literario en el que se proyecta con más fuerza y vigor lo que se ha dado en llamar "América Virgen". Y ésto ocurre a pesar de que no tiene una tradición como no la tienen, tampoco, la novela y demás manifestaciones literarias. Esta tradición no existe porque hasta mediados del siglo XIX, no ha habido en el continente conciencia de la realidad del hombre americano.*

*Durante la época colonial, el hombre fué separado de su tierra. Se le había rodeado de una atmósfera y de un clima distinto al que reclamaba su sangre. Por otra parte, las leyes de India, al prohibir todo intento de imaginación creadora cerraban los caminos naturales de la narración. La literatura de la época colonial no fué, por esto, más que una prolongación forzada de la española. Latía en ella los mismos proble-*

*mas y la misma sangre. El paisaje, la realidad y la conciencia virginal de América no podían pesar. Y no pesaron.*

*Pero además, lo que América recibió a manos llenas, estaba ya cargado de los síntomas de descomposición del Imperio. El esplendor del siglo de oro llegaba, pero lleno de polvo. España, literariamente, llegaba con su corazón cansado, con la imaginación gastada.*

*La decadencia española al llegar a América no podía trasplantar más que eso: la decadencia. La separación del hombre americano y su conciencia, del hombre y su paisaje, en encadenamiento de su imaginación no podían, de otro lado, crear algo nuevo que substituyese a lo ya vencido y cansado. Sólo la historia y la crónica pudieron florecer. La imaginación no logró levantar el vuelo hasta que el romanticismo europeo desembarcó en las playas de América.*

*El Romanticismo, al facilitar el reencuentro del hombre con la Naturaleza, del pueblo con la nación y del hombre con las tradiciones y las esencias más vivas de su pueblo, creó las bases para que la imaginación pudiera libertarse. Libertada ésta surgió el cuento y la novela de cara a cara a una auténtica realidad americana.*

*El romanticismo permitió el nacimiento de MARIA, de Jorge Isaacs y CUMANDA, de Juan León Mera. En la primera, el escenario es el fértil valle Cauca de Colombia; en la segunda, aparecen las selvas tropicales del Este del Ecuador. La técnica, la inspiración de estas novelas siguen desde luego el esquema romántico. Pero no sólo hay un elemento nue-*

vo y desconocido en literatura: el alma virgen de América con sus pasiones y sus dolores, moviéndose en su propio clima y su propia atmósfera.

Años más tarde, el naturalismo francés, contribuyó también a acentuar este reencuentro del hombre con la realidad americana. Pero una servil imitación a los modelos europeos, en cuanto a su proyección estética, esterilizó y estancó, en su mayor parte, los intentos progresivos del género narrativo de América.

Después de un siglo de adolescencia, esta liberación llega y culmina con obras como *LA VORAGINE*, de José Eustaquio Rivera; *DON SEGUNDO SOMBRA*, de Ricardo Güiraldes, *CANAIMA Y DOÑA BARBARA*, de Rómulo Gallegos. Una nueva raíz las ata y un nuevo clima las envuelve. Todas ellas tienen por tema el combate épico del hombre contra las fuerzas inhumanas de la Naturaleza. El personaje en ellas no es sólo el hombre. La selva impresionante, la Naturaleza hostil es también un personaje principal que conforman y determinan las pasiones y los anhelos, como en el *MARTIN FIERRO*, de José Hernández.

Hoy lo mejor de la narración americana, como estas obras maestras, se ha vuelto también a esta realidad, y a esta conciencia. Los cuentistas se mueven, casi en su totalidad, dentro de este círculo. Todos ellos demuestran el renacimiento del género narrativo en América y de las condiciones para que surjan ya las obras maduras, que hace tiempo estamos esperando.

A todos les preocupa la realidad del ambiente autóctono, la lucha angustiosa del hombre contra la Naturaleza, el alma virgen de sus pueblos y la des-

*esperante realidad social en que viven.*

*Algunos críticos miopes, de esos que siempre llevan preparada en el bolsillo la ficha de clasificación, han señalado, no para afirmar, sino para negar, el carácter regional de la actual literatura americana. Para nosotros esta vuelta a la sangre primitiva al paisaje, a lo conciencia autóctona marca, precisamente, la conquista de lo universal y humano. Porque en América, hoy por hoy, lo eternamente universal está no en las grandes ciudades, sino en la selva o en el campo, en sus indios o en sus "jíbaros". Ahí es donde crece la raíz auténtica de esta América virgen y esperanzadora con que todos soñamos.*







# **INTRODUCCION AL CUENTO PANAMEÑO**

**POR  
ENRIQUE RUIZ VERNACCI**

Nació la idea de ordenar la bibliografía del cuento panameño — como complemento de la publicación en un tomo de un grupo de cuentos nacionales— en una hora de clase en la cátedra de Literatura Panameña. Fue el primer impulsor de ella, y atinadísimo colaborador, el hijo del más grande poeta del Istmo y uno de los eximios poetas de América, Rodrigo Miró. Con él, los estudiantes del Quinto Año de Humanidad de 1942 de la Universidad Nacional. Las clases que tuve el honor de dirigir, constituían un cambio de impresiones, una demostración de lo que cabe hacer en colaboración: 'todos hemos intervenido. La biblioteca de Juan Antonio Susto, silencioso y entusiasta, ha suministrado el material. Y hemos recorrido el sendero Rodrigo, Juan Antonio Susto, Eduardo Ritter, el joven poeta Sánchez, esos alumnos del Quinto Año de

Humanidades que ya he mencionado, yo mismo, convencidos de que pisábamos un terreno propicio, de que hacíamos obra por Panamá, por la cultura de Panamá.

\* \* \*

Pretendo indicar, ante todo, lo que es el cuento y cómo se ha llegado al cuento de hoy. Y dentro del cuento de hoy, al cuento panameño

En el cuento panameño hay que examinar, primeramente, los libros de cuentos publicados en la República y fuera de ella por cuentistas nacionales. Hemos logrado reunir diecisiete fichas de esos libros que contienen tan solo cuentos. Y otras fichas, de folletos—dos de ellas—, números de la revista de don Guillermo Andreve, *Biblioteca Cultura Nacional*, obra intensa y admirable del gran animador. También tenemos once fichas más de libros que contienen cuentos: unos, Antologías singulares; otros, Antologías de diversos autores ordenadas por amigos de las letras. En total, treinta y cuatro fichas.

He examinado igualmente revistas clásicas istmeñas: *El Heraldo del Istmo*, la más antigua, de don Guillermo Andreve; *Nuevos Ritos*, de Ricardo Miró; ésta no en su totalidad, apenas desde el número 23, comienzos de 1908, hasta 1909.

Después he hojeado *Esto y Aquello*, la Revista de Enrique Geenzier y además *Menphis*, otra revista literaria intermitente que se inicia en 1916. Añado a estas rebuscas algunas más en revistas de más amplio campo literario, en los periódicos diarios o en originales inéditos que me han proporcionado sus autores y Rodrigo Miró. Este ha sido el material que he podido hallar como base para estas investigaciones. Repito

que no son más exclusivamente: -Son de todo un grupo.

\* \* \*

¿Qué es el cuento?

Alguien ha dicho que es un pequeño poema épico moderno. ¿Es que no ha existido hasta la edad contemporánea el cuento en su perfecto desarrollo como cuento mismo.....? ¿Se puede hablar de poesía épica y de cuento y de novela en el mismo apartado?

Claro es que la versificación no ha de considerarse como la exclusiva condición poética. Sería inútil. Pero la música guarda un valor en la poesía.

Se ha hablado de un género mixto, de transición, entre la poesía épica y la dramática. No es fácil aceptar esta teoría. Yo no la acepto.

Se ha proclamado que el cuento es narración: es también descripción, acción, exposición.

Quizá más cerca nos colocaríamos al indagar las raíces del cuento si lo consideráramos como consecuencia de la rapsodia, de la canción de gesta, del romance.

El cuento no es un resultado del agotamiento de la épica; pero sí, cabe que sea un enfoque de esa épica con el temperamento del día, enfoque que nace espontáneamente, por impulso del medio.

Tampoco habría que contentarse con la cómoda definición de "narración de un hecho fingido". ¿Qué diríamos del cuento histórico, que es un algo evidente...?

Se ha discurrido acerca de la objetividad del cuento; y el cuento es también subjetivo. Al cuento objetivo de Flaubert podría enfrentarse el cuento subje-

tivo de Joyce o el de Lawrence o el de Virginia Wolf. Y, sin embargo, hay cierta objetividad en el cuento.

Lo que sucede es que el cuento, como la novela, abarca toda la realidad y toda la fantasía: su campo es prodigiosamente extenso. Su hito es la belleza; su creación o su imitación, la némesis aristotélica.

Y ya dentro de los procedimientos, los almacena entre los más sutiles y alambicados; no esotéricos, arcanos, especialísimos; utiliza todos los procesos: en la práctica narra, describe, analiza, dialoga, se refugia en las cartas. Del maravilloso diálogo del *Coloquio de los perros* cervantino, puede darse un salto al cuento íntimo del diario de *Werther*, combinado con sus cartas inquietantes. Y se hará el cuento político y el filosófico, el erótico y hasta el empalagoso y el que linda con lo chabacano. Es la libertad y la amplitud lo que distingue al cuento. Pero exige imaginación, delicadeza, finura espiritual en el autor del buen cuento.

Es la célula de la novela o el protoplasma de esa célula. Por eso el árabe, pueblo imaginativo, fue pueblo cuentista. Yo recuerdo una anécdota de Vicente Blasco Ibáñez, el maestro de los *Cuentos Valencianos*, el árabe mediterráneo español. Decía Blasco que si no hubiera existido la imprenta, si la escritura no se hubiera conocido, a él, en el zoco árabe, le hubiera encantado verse rodeado de silenciosos beduínos hieráticos a los que hubiera narrado cuentos. Cerca estaría el caballo y con el caballo, la espingarda. El descanso del nómada lo constituye el escuchar narrar cuentos. Así nació el apólogo. El cuento fue el secreto para mantener sentado y quieto unos minutos al niño

embelesado con las aventuras.

La novelística de los pueblos orientales da origen al cuento de hoy: se leen *El Panchatantra* y *El Hitopadesa*: se leen *Las Mil y Una Noches*. Como se leen cuentos jonios y milesios de Grecia y la delicia de los amores, en el cuento de *Dafnis y Cloe*. Se alcanza en Roma *El Asno de Oro*, manojos de cuentos de Apuleyo, y *El Satiricón* de Petronio, cuentos sabrosos.

Talvez ha sido rápido el recorrido y un tantico convencional. Pero mi intento, en esta breve nota, es dar sensación de lo que es el cuento, de sus raíces abstractas, de sus maneras, de sus inicios... Ya se saltará al españolísimo cuento picaresco, al del Lazarillo y al de Cervantes, en sus *Novelas Ejemplares*: antes se habrá encontrado en el sendero castellano al Conde Lucanor, con sus apólogos que viajan desde el Oriente y aun al gran gozador, Juan Ruiz, en su genial *Libro del Buen Amor*, que era un amor muy grato y cuya índole no se conforma en demasía con el ascetismo católico. Luego se llegará a Leopoldo Alas, que reunió tan bellos cuentos en aquel volumen señero: *El señor y lo demás son cuentos*...

Más tarde vendrán las Antologías. Ahí están las de Federico de Onís, como buenos modelos: la de cuentos españoles y la de cuentos americanos. Y más antologías en lengua castellana: Colombia—siempre Colombia al frente de las letras—tiene la suya y Venezuela ha hecho recientemente otra excelentísima, en dos volúmenes.

Y ya estamos en el cuento panameño.  
Veamos.

Las fichas obtenidas en la clase de Literatura Panameña de nuestra Universidad comienzan por la del libro de Salomón Ponce Aguilera. Es una edición de Buigas, Pons y Compañía, en Barcelona. Su título, *De la Gleba*. Apareció sin fecha, lo que es lamentable. Nuestra bibliografía adolece de muchos defectos; hay ediciones hasta sin pie de imprenta. Podría exigirse esto, de acuerdo con la ley.

*De la Gleba* debió publicarse hacia 1914, en el segundo semestre, porque la dedicatoria de la obra al Doctor José D. Moscote—el ilustre y cultísimo profesor se ha mezclado en estas cosas literarias de las que habla con cariño, con cierto delicado despegó; se titula a sí mismo mero aficionado—tiene fecha de 11 de junio de 1914.

Los cuentos—más bien cuadritos, pequeños apuntes a pluma sin el vigor y la consistencia del aguafuerte—son sabrosos. Se acercan al costumbrismo y en veces se pierden en la frívola anécdota. Están escritas esas páginas con todo decoro, eso sí. Ponce Aguilera anuncia en *El Heraldo del Istmo* tres libros más de cuentos, y es allá por 1906. Los títulos se mencionan: *Brocha Gorda*, *Cofre de Sándalo*, *Cuentos del Tío Lucas*. Este *Cofre de Sándalo* suena a rubro valleinclanescos, y no es inverosímil la influencia, si se tiene en cuenta la época. Se habían publicado ya por Valle Inclán las *Sonatas*—1902, 1903, 1904.—*Jardín umbrío*—1903, *Corte de Amor*—1907—; y fueron libros que alborotaron no poco. Mis informes y rebuscas comprueban que jamás se publicaron estas obras de Ponce Aguilera. Y no es de pensar que *De la Gleba* constituya un resumen de ellos. Están muy ligadas en-

tre si las estampas y obedecen a una misma guia. *De la Gleba* consta de cincuenta escenas y un broche. Ni tienen título las escenas ni justifican un índice. Forman un conjunto interesante.

En *El Heraldó del Istmo*, el quincenario de Andreve, Ponce Aguilera publicó en 1906, *El árbol viejo y La ciudad novia*. Son preferibles a algunas escenas de *De la Gleba*. El estilo, si no brillante ni rico, es honesto. Por lo menos no se da en este autor esa despreocupación por la gramática, de moda hoy. Tampoco ese desconocimiento del léxico, esa rudeza y esa premiosidad de los audaces. Quienes escribían entonces no serían puristas—ni es necesario—pero eran cuidadosos y no incurrían en el disparate garrafal en boga que descubre la ignorancia. Porque se trata de algo más que alfilerazos a la Gramática.

Yo pienso que nuestra generación—la mía y la que le sigue—es superior en profundidad en unidades aisladas a la de la primera época republicana; pero en aquellos primeros lustros había una simpática preocupación cultural, mayor número de curiosos de la obra literaria.

Otra ficha: *Horas lejanas*, de Darío Herrera. Es anterior este libro, en edición, a la obra de Ponce Aguilera; sin embargo, se diría posterior en su manera. Existe en Darío Herrera el zarpazo del gran literato. Quizá no llegó a cristalizar por razones que no son del caso traer a colación en este estudio, pero *Horas lejanas* lo demuestra. Se aprecia la influencia de la prosa de Rubén Darío, aquella prosa decadente y barroca, grata a su creador, la prosa modernista. Esta prosa sigue al realismo y es como una estilización a la vez

de las corrientes románticas o por mejor decir, pos-románticas. A diferencia de la escuela realista, la prosa modernista es el culto de la forma, el recortado encuadre de la acción. José Enrique Rodó será el otro polo; aquel que bebe en las fuentes de Flaubert, el emulador, y sobre todo de Renán y Gide; serenidad, nobleza, honradez idealista. Recordemos la prosa de Ramón Pérez de Ayala, tan distinta, tan antagónica de la de don Ramón del Valle Inclán, condensador de las esencias modernistas en la Península, en su primera época de escritor, la que proclama su triunfo.

Pasó esa prosa modernista, pero aún se lee hoy y deleita: hay que ser sinceros. Se la tildará de excesivamente literaria. De acuerdo. El cuento que yo concibo y el que me place, el cuento de Virginia Woolf, de Lawrence, de Joyce en *Dubliners*, será otra cosa: y el mismo cuento de Horacio Quiroga, el uruguayo, y los de ciertos modernos ecuatorianos y brasileños y los de los propios panameños como Rogelio Sinán, José María Sánchez, como Ferrer Valdés, autor de un cuento admirable del que he de hablar, se alejan mucho de este cuento modernista; más en Darío Herrera hay el cuentista. Y esa es la razón para comprender su fama.

Ese cuento *La Nueva Leda* con todo su siglo XIX dentro, es un buen cuento, un hermoso cuento; más rico que *La Zamacueca* tan celebrada. Herrera, considerado maestro, publicó algunos de esos cuentos de *Horas Lejanas*, en las revistas literarias istmeñas, siempre acogidos con entusiasmo, como lo demuestran los comentarios en los mismos números donde ven la luz. Es el gran cuentista y el de horizonte más amplio de



la primera época. Es extraño que un artista que vivió en Francia—es cierto que posteriormente a la publicación de su libro *Horas Lejanas*—no siguiera los rumbos de Catulle Mendez, de Guy de Maupassant, de tantos otros hábiles cuentistas galos de la época. Había en él otra emoción. Buenos Aires estaba saturado del modernismo de Rubén Darío.

*El Heraldo del Istmo*, en 1906, publica un cuento del doctor Belisario Porras. Se titula *El Dios Me-neandro*. Ese mismo cuento aparecerá en un folleto en 1916. Antes había sido impreso, pues está fechado en 1894. Se hace política ("literaria" en torno al cuento del Doctor Porras. Lo defienden el Doctor Narciso Garay y el Doctor Cristóbal Rodríguez; lleva la contraria el actual Director de la Academia Panameña de la Lengua, don Nicolás Victoria Jaén. Hay hasta acusaciones de plagio. El cuento en sí no merece la pena de la polvareda levantada a su alrededor. Su autor no debió pretender lograr una obra maestra. Fue, tan sólo, una diversión, un entretenimiento. Campea en el cuento aquel estilo del Doctor Porras, plástico, no puro, pero vivo, con sus pininos de erudición. En su época debió teher su relieve: ahora, no. A pesar de esto, la preocupación literaria de un escritor político indica curiosidad y un amplio espíritu.

Otro folleto: uno de 1916 en que figura un cuento de Félix Francisco Palacios. Es cuento premiado en un concurso, el primero del Instituto Nacional. Se titula *Ellos y Yo*. Palacios estuvo en Francia como becado. En *Nuevos Ritos* se encuentra *Las Nueces*, un cuento de verdad. Hay en Palacios un estilo de cuentista más que notable. Se esfumó este cuentista que era

una promesa, Nos lo arrebataron las actividades comerciales. Es muy superior *Las Nueces a Ellos y Yo*.

Qué entusiasta, qué buen hombre, qué limpieza espiritual almacenaba J. Darío Jaén, con el que crucé muchas veces ideas!... La afición de Darío Jaén a escribir constituía una obsesión. De 1921 a 1930, publicó tres libros de cuentos: *Vórtice de Pasiones*, *Bravío de Emociones*, *Fuegos Fatuos*. La devoción de Darío Jaén era Vargas Vila; y llegó a escribir a la manera de su modelo. Yo me reía de esa manera. Pero tenía su público. Y era tan sano Darío Jaén...! Sano de espíritu, pues terrible enfermedad minaba su naturaleza desde muy joven. No creo que eso que hacía Darío Jaén era el cuento; pero allí cristalizaba un intento que no se puede ignorar. El mismo tomaba a broma muchas de sus frases, sus títulos rimbombantes. Hizo además dramas, novelas, crónicas, versos. Fue prestidigitador. Su amor a las letras era auténtico.

Como cuentos se pueden clasificar los capítulos del libro del sacerdote N. Restrepo B., publicados con el rubro de *La Isla Encantada*... Por lo pronto contiene descripciones del archipiélago de las Perlas muy curiosas y trae a las páginas de su obra leyendas de cierto colorido. Carece de emoción y se resuelve en metáforas altisonantes, algunas acertadas. No se esconde la raíz colombiana del autor; y esa raíz es garantía de escribir honestamente.

En el año de 1924 "El bachiller Bernardo Domínguez A." (ahora Rogelio Sinán) ganó el primer premio en un concurso de cuentos abierto por la primera Federación de Estudiantes de Panamá bajo el pseudó-

nimo de Domingo Alberti. Su cuento, intitulado "Vie-la de San Giovanni" fue publicados en los números 1 y 2 de la Revista "Juventud" vocero de la "Asociación de Estudiantes de Panamá".

La dama Nicolasa Naranjo B., publica en 1924 una colección de cuentos que ella califica de morales, sobre los Diez Mandamientos; forman un folleto. No es posible, ni en el fondo ni en la forma, encontrar algo que traduzca un paso adelante. Sin duda, cumplió la misión que se proponía. ¿Qué más pedir a obras de este carácter?

Son terribles el castellano y la sintaxis de José Rafael Wendehake. en sus narraciones o cuadritos típicos de *Vida Orejana*. publicado en 1926. en Colón. Pero sorprende ese alarde de imaginación del médico literato; y su metáfora. Y en ocasiones ése recoger frases, dichos populares, que es sugestivo.

Temístocles Ruiz publica en 1926 un folleto y en 1928 otro de cosas extrañas que cuesta trabajo incluir en el casillero de los cuentos. En 1932 edita un tomo de *Cuentos Panameños*. El idioma se le rebela a este autor. No hay forma de seguir las ideas; hay observación, intención de hacer... Pero... ¿Qué otra cosa...? *Flores de mi huerto*, cuentos para niños, de la Señora Magdalena de Icaza de Briceño, tienen ese propósito loable de dirigirse a la imaginación infantil.

Uno de los libros más fuertes de cuentos publicados en Panamá es *Cuentos Panameños de la Ciudad y del Campo*, de Ignacio de J. Valdés Jr., el conocido periodista. Esto ya es algo; es el cuento regional, es la observación de la gente tal como es; sigue la línea

de *De la Gleba*, de Ponce Aguilera. Y tiene cultura, muchas veces fina gracia; quizás estén escritos esos cuentos demasiado de prisa, pero hay madera de narrador y de observador. Es contribución de importancia. El libro se publicó en 1928.

Al mismo casillero del cuento regional pertenece *Alma Campesina* de José E. Huerta. Huerta llega al alma regional hasta en el lenguaje, en el giro, pudiera decirse en la médula de sus narraciones. Es muy interesante este libro y talvez no lo suficientemente leído y estudiado. Hay que tenerlo en cuenta y aplaudirlo sin distingos.

El libro de Graciela Rojas Sucre, *Terruñadas de lo chico* de 1931, es un aporte más al cuento regional. Está editado en Chile y lleva un glosario en las últimas páginas. Casi se pierde el argumento—lo que no considero un defecto—para dejar horizonte al análisis del ambiente, de una nostalgia muy femenina.

Manuel de Jesús Quijano, inquieto amigo de las letras, disfrazado con el pseudónimo de Ivan Roscoff, publicó en 1933 *Fuego Redentor*, manojo de cuentos. Está bien. Escrito con limpieza, sostiene la atención y acierta en la manera.

Don Guillermo Andreve, el gran animador, el inolvidable, publica una serie de sus cuentos en un número de su revista titulada *Biblioteca Cultura Nacional*. Ya en *El Herald del Istmo* veintitantos años antes—el número de la *Biblioteca Cultura Nacional* es de 1933—había demostrado su afición al género. No son extraordinarios los cuentos de Andreve, pero están hechos, logrados. Por algo es el autor de aquel cuento *Montañesa*, premiado en un concurso de *Diario de Pa-*

*namá* en 1907. El mismo don Guillermo, en rasgo de humor, publicó, utilizando un pseudónimo, en 1939, *Sorteos todos los domingos*, cuentos de lotería. Mario Marín Mirones firma el folleto que tiene detalles de observación curiosos, dentro de la concreta intención propagandista de la Lotería. Mas en Andreve habrá que colocar siempre sobre la obra literaria realizada, su condición de fervoroso animador, de amante de la literatura, a la que no fue infiel jamás. ¿Y no es un máximo valor?... ¿No es esto lo más efectivo para el movimiento literario istmeño?... Es imposible negarlo.

Si añadido el libro de la Señora Juanita Oller de Mulford, *Rasgos infantiles*, que se acerca al libro de cuentos, aunque predomina el aspecto pedagógico y *Muecas*, publicado en 1921, minúsculo tomo del que soy autor casi arrepentido y que se editó sin corregir pues estaba yo en Nueva York en esa época, se habrá mencionado casi íntegramente las fichas del cuento, en libros exclusivamente de cuentos.

Se podría agregar el libro de Evelyn Moore, en inglés, donde se insertan cuentos traducidos por la autora de la colección: es una evidente muestra de amor a lo panameño. Hasta el título *Sancocho*, que ya lo fue de una columna admirable de un periodista norteamericano, el Señor Crede Calhoun, en *Star And Herald*, por los años de 1920 y siguientes, autentica el cariño a Panamá de la escritora nortea, culta y gentil.

Otros libros antológicos y unipersonales ofrecen cuentos. Así el del nunca bastante llorado Gaspar Octavio Hernández, *Iconografías*.

Gaspar Octavio es puntal de la literatura istmeña

en todos los aspectos; como cronista, como poeta, como cuentista. Un verdadero literato que se malogró en el minuto más interesante. Sus cuentos de *Lienzos antiguos y modernos*, son raros y exquisitos. La prosa de Gaspar Octavio se acerca a lo barroco: pero es buena y gratísima prosa.

José Oller tiene algunos cuentos en su libro *Lienzos*, de 1907, y también la Señora Lola Collante de Tapia, en *Mis inquietudes*, de 1922. El estilo de esta escritora es finamente lírico. Aníbal Ríos en *Croniquillas* incluye alguno tan sabroso, tan hecho como *La Tragedia del Balneario de Bella Vista*, verdadero alarde de saber contar. A mi entender es uno de los buenos cuentos modernos de Panamá. De seguro Aníbal Ríos no le ha dado importancia a ese cuento; genio y figura hasta la sepultura. Don Guillermo Patterson incluye algunos cuentos en *Girones de Adolescencia*, libro editado en Roma. Son acertados: es lástima que no haya continuado la senda este autor. Ernesto Iramillio Avilés ecuatoriano radicado en Panamá, edito en 1927 *Fruslerías*, con atisbos de cuentos amables, entre otros trabajos literarios. Y Melquíades Tejeira Piniella, igualmente, en *Misceláneas*.

Don Samuel Lewis, el inolvidable caballero, distrajo sus ocios de estadista cincelandos varios cuentos que han aparecido coleccionados en *Retazos*, libro de 1940, editado por su hijo, don Samuel Lewis Jr., en cordial homenaje. Hay algunos admirables por la forma elegantísima, muy original. Para mí *Cine de Almas* es lo mejor; aunque don Samuel sentía preferencia por *El Indio Taciturno*.

En dos Antologías, la de Korsi, editada por Maucci

en Barcelona y la de la Editorial La Moderna, de Quijano y Hernández, en Panamá, aparecen también cuentos. En la de Korsí figuran como cuentistas Edmundo Botello, don Héctor Conte B., Darío Herrera, Salomón Ponce Aguilera, J. Darío Jaén, Buenaventura Garcerán. En la de *La Moderna* hay cuentos de Julio Ardila, Julio Arjona Q., Harmodio Guardia, Fabio Ríos, Jorge Tulio Royo. Todos estos cuentos fueron extraídos de distintas revistas.

Las revistas de la época—que yo he mencionado—nos muestran talvez con mayor concreción que los libros a los que me he referido, cómo se ha ido desarrollando el cuento en el Istmo; algo análogo se pudiera decir de la poesía.

*El Herald del Istmo*, cuya llama fue el admirado Guillermo Andreve, publicó de 1904 a 1906, una serie de cuentos. En esa revista se muestra Ricardo Miró cuentista. Y también en la que él dirigiera, *Nuevos Ritos*; ésta no la conozco completa. Su aparición pasó por diversos formatos, diversas épocas y no es fácil su conservación en colecciones.

*El Herald del Istmo* ofrece de Miró *Alma Enferma*, *El Triunfo del Ideal*, muy siglo XIX, de un romanticismo o un posromanticismo muy típico. Hay en Miró siempre una imaginación despierta, una facilidad para encontrar la bella frase sorprendente. *Nuevos Ritos* publica de Miró *Atavismo*, como capítulo de un ensayo de novela: aparece en Enero de 1908. Otro capítulo de la misma novela, que se quedó en veremos, se inserta en algún número posterior a la misma revista. El primero es muy superior al segundo. Ese primer capítulo se diría influido por la lectura de *El Es-*

*cándalo* de don Pedro Antonio de Alarcón. Hasta el nombre de el protagonista Conde, es el mismo que el del libro del novelista español. Y la escena de la confesión se reproduce en un sentido folletinesco en Miró, si bien no falta ese tono, mezclado con el anhelo psicológico de la novela de don Pedro Antonio, de enorme acogida en su momento, hoy blanda y pesada.

Quizá en Ricardo Miró se perdió un gran cuentista. Cristóbal Martínez. (Simón Rivas), publica repetidas notas de cuentista en *El Herald del Istmo*. Es posible que la más lograda sea *Codicioso*. Muchos de los cuentos de Simón Rivas se resuelven en crónicas, pero hay en ellas la base de buenos cuentos.

Alejandro Dutary, uno de los espíritus más inquietos, y, a lo que se deduce, más cultivados, que firmó con el pseudónimo de *Romeo* crónicas y versos, publicó en *El Herald del Istmo* cuentos y prometió un libro que nunca se editó: triunfó con una mención honorífica en el concurso de *El Herald del Istmo*, concurso en el que fueron Jueces don Narciso Garay, el Doctor Ciro L. Urriola y don Samuel Lewis; en ese mismo concurso se concedió la primera mención honorífica, pues se dejó desierto el premio, a Octavio Valdés Arce, por su cuento *Blasina Malhereuse*, de un estilo que se aproxima al de un Ponson de Terrail o al de cualquier otro folletinista francés de mediados del XIX.

Sólo siete cuentos se presentaron al concurso, que por otra parte se organizó con una celeridad pasmosa; daban quince días para la presentación de los cuentos... Y lamentaron los directores de la revista el escaso interés que despertaba la literatura!...



El Licenciado J. B. Duncan, entonces un estudiante, publicó cuentos en *El Heraldo del Istmo*. Es curioso por lo analítico, *El ardid de Elena* que aparece el 15 de agosto de 1905.

Sebastián Villaláz publica un cuento—*Aida*—en *El Heraldo del Istmo*, el 15 de diciembre de 1904.

Y don Guillermo Andreve incluye varios cuentos en su propia revista, anteriores a *Montañesa* e inferiores a este cuento. *Manos trágicas* es lo más atildado y mejor que el famoso que dió la puntilla al “Heraldo”, *La mujer seria*. El acontecimiento originó cartas de literatos, como Miró Quesada, como Gálvez ambos peruanos, pues se dijo que el Gobierno al anular una subvención de que gozaba la revista, había atentado contra la libertad de un escritor; se le acusó, de contera, de inmoral, lo que duplicó las protestas. Lo cierto es que *La mujer seria* cavó la tumba a *El Heraldo del Istmo*. El cuento se publicó el 15 de julio de 1906. A los dos meses dejaba de existir el quincenario de Andreve.

Otros escritores de cuentos aparecen en la revista de Andreve: entre ellos, don Julio Arjona Q., con *La Junta*, regional, fino, bien observado; y por supuesto Salomón Ponce Aguilera publica varias de sus producciones y se reproducen cuentos de Darío Herrera.

*El Dios Meneandro*, del Doctor Belisario Porras, como ya dije, se publicó el 30 de Marzo de 1906, como reproducción, pues es anterior: de 1894. Belisario Porras, hijo, se inicia con un cuento, titulado *Demasiado tarde*, publicado en la revista *Nuevos Ritos* el 15 de junio de 1908. Casi podría atribuirse al Doctor Belisario Porras, su padre. Sigue la misma línea es-

tilística y se acusa en él esa plasticidad característica de la manera del Doctor Porras. Es quizás más sentimental.

El Rector de la Universidad Interamericana, Doctor Octavio Méndez Pereira, el eximio escritor, valor positivo de las letras continentales, no ha sido un cultivador del cuento. Sus aficiones le han llevado por otros senderos. Sin embargo, en el mismo número en que publica Belisario Porras Jr., su cuento, aparece otro del Doctor Méndez Pereira, muy juvenil: su rubro es *Una medalla y el retrato de una madre*. Demuestra en él su autor esas cualidades de ritmo y de suprema elegancia que encantan en su prosa. El asunto se desvía por el camino de lo emotivo.

*Irredento*, de Hortensio Icaza se publica en Noviembre de 1908 y también *El compadre Leonardo* de don Antonio Burgos. Icaza es poeta y sobre todo poeta. Don Antonio Burgos hizo algunas incursiones en los campos literarios, sin darle mayor importancia.

Enrique Geenzier escribe bastantes cuentos en su revisto *Esto y Aquello* entre los mejores cabe citar *El perdón de una esposa*. *Los dos Trenes*, casi crónica o apólogo, *El Minuto Final*, muy sentimental y *Costurera*. Hay, como en la totalidad de la obra de Geenzier, una dignidad y una honestidad que recomiendan estos cuentos.

Gejotage—a quien no conozco—también publica un cuento casi crónica: *Un ósculo cosecha cinco mil dólares* y Fabio Ríos, *Ayesha Natho*, de ambiente japonés, en la misma revista de Enrique Geenzier. El cuento de Río es fino.

Harmodio Guardia, buen cuentista, ofrece a la revista citada *Confidencias*, y una dama que oculta su nombre bajo el pseudónimo —eco de tradición— de Cecilia de Médicis, también entrega varios: el mejor *Confesión pasional* y psicológico.

El mismo Harmodio Guardia, en *Memphis*, edita *De la sierra* en agosto de 1918 y Alberto G. de Alba, algo muy delicado, francamente bien hecho, de Enero de 1919, *Confesión Suprema*. *Memphis* es la revista meteórica de Jorge Tulio Royo, por la que desfilan valores como Gaspar Octavio Hernández, Korsi. McKay, guiados por entusiasmos juveniles.

\* \* \*

Y llegamos a los cuentos de los escritores de la última generación los que consiguen plasmar el cuento panameño en sus distintas direcciones, talvez apoyados en lo ya hecho, talvez atentos exclusivamente a sus impulsos estéticos.

Por lo pronto yo diría que el cuento nuevo de Panamá es de un sabor propio y que permite pensar en perspectivas halagadoras.

Ahí están los costumbristas Lucas Bárcena, que tiene preparado un libro, *Tierra Intima*, manojos de cuentos muy sugestivos; Moisés Castillo, poeta y cuentista, que trabaja sin descanso y sin desmayo en la senda del buen cuento regional.

Fito Aguilera ha publicado algún cuento de un realismo fuerte y sano: es el cuentista de la ciudad. Descuidado de estilo, pero brioso, con imaginación. *Rodríguez* es un cuento de calidad.

Entre estos cuentos nuevos podría colocarse *Cine de Almas*, ya citado, de Samuel Lewis, que fue el gran

curioso, el escritor al que no se le cerraba ningún camino. Un motivo más para el elogio. Su prosa se diría cincelada.

Para mi gusto un cuento excepcional, de los que quedan, es el cuento de Manuel Ferrer Valdés. *La Novia de Octubre*. Reúne una desenvoltura, una emoción, una originalidad, seductoras. Y está escrito con dominio de la forma, sin tartamudeos, que no es lo corriente.

Las *Tradiciones panameñas* de Agustín Jaén Arosemena, son interesantes. Podrían formar un libro, dentro del costumbrismo, de importancia.

Ricardo Martínez Hauradou ha hecho cuentos agradables y también Diego Domínguez. Tobías Díaz ha publicado uno. *En el río*, que a mi me parece excelente.

Además de los citados han escrito cuentos, varios de los cuales se han publicado en revistas y periódicos, los señores Ernesto J. Castellero, el Doctor José María Núñez, Napoleón Vincensini.

El Señor Castellero ha compuesto alguno de positivo valor y en una línea poco cultivada, apoyado en viejas tradiciones istmeñas de particular simpatía.

También la Señorita Ofelia Hooper, según me he podido enterar ha escrito un cuento; pero toda su obra de este tipo permanece inédita. Es sensible.

Gil Blas Tejeira, el culto penonomeño radicado en Colón, ha consagrado ratos de ocio a la literatura: y no ha olvidado el cuento. Uno fino he leído yo últimamente publicado en el periódico colonense "Calle 6": se titula *La Navidad de John Crow*.

Pero entre todos estos cuentistas de última hora

hemos de colocar en distinguidísimo lugar a Rogelio Sinán, Roque Xavier Laurenza y José María Sánchez.

Rogelio Sinán es posiblemente mejor cuentista que poeta. Y como poeta figura entre los máximos del Continente. Pero le place el cuento. Es un descontento, un artista que siempre solicita más de sí mismo. Minucioso, con verdadera conciencia de su obra, no es fácil de contentar: le pide a su cerebro y a su corazón más y más. Encuentra ese secreto de llegar a lo hondo, de producir la creación con deleite. Es lento de realización: sin embargo, concibe con facilidad y claridad. Ha leído mucho. Influencias que no empuñezcan, son influencias que ratifican su inquietud y su talento. Pirandello, los "rondisti", como Antonio Baldini, como Bruno Barilli, como Emilio Cecchi, con sus "Peces Rojos", han intervenido en la formación de Rogelio Sinán. Y han intervenido para bien, para afirmarlo más y para ayudarlo a encontrarse. Ese cuento *El Proceso de la Bestia* es de un humanismo sabroso y formidable. Ahí está también *A la orilla de las estatuas maduras* tan celebrado, y algún otro indiscutiblemente magistral. A Rogelio Sinán hay que exigirle. Hay que no dejarlo reposar.

Roque Xavier Laurenza es lento, quizás por demasiado orgulloso, por empeño de perfección. Prosa limpia la suya, rica en sugerencias, siempre expresiva, también dada al humor. Recuérdense esos cuentos dignos de antología, *La lágrima* y *El hombre que no usaba reloj*. Roque Xavier se diluye en la frase, en conversación. Es prodigiosamente curioso y lee para él. Dará excelentes frutos.

El tercero de esta trilogía es José María Sánchez.

Muy joven, cultivador del cuento regional, pero en un sentido muy profundo. Crudo, agrio, posee el arte verdadero del narrador. Hay que esperar de él una novela de empeño, que nos ha de sorprender. Cada uno de sus cuentos semejan apuntes para buenas novelas. Y no se diluye el aroma especial del cuento. Es quizás el menos influido por lecturas.

\* \* \*

Y he aquí que he dado fin a estas ligeras notas, reunidas con cierta premura y necesidades de una mayor meditación. Pero quedan como aporte a esta obra por la literatura nacional, que es una preocupación de un grupo realmente patriota y amigo de los estudios literarios.

Una vez más quede mi homenaje a los colaboradores más allá del adjetivo: a Rodrigo Miró, a Juan Antonio Susto, a los estudiantes del Quinto Año de Humanidades de la Universidad, en 1942.

Si hasta ahora no se había hecho otra cosa en bibliografía—aparte de los trabajos del mismo Miró, de Susto—que el folletito de Henry Grattam Doyle, "A Tentative Bibliography of the Belles-Lettres of Panama", algo más encontrarán los estudiosos, los investigadores de mañana en este ensayo que hoy se ofrece. Tal vez muy poco. Pero que lo salve la sana intención.

Panamá, 1943.





# EL ÁRBOL VIEJO

CUENTO POR

**SALOMON PONCE AGUILERA**

Si, mi querida Olma, fueron mis abuelos los que plantaron el árbol viejo de naranjo a cuya sombra corrieron felices nuestros años primeros; el árbol de flores de albura inmaculada, fragantes y hermosas como las esperanzas idas; el árbol de ramas regulares que en su conjunto convergente hacia el centro formaban las líneas perfectas de un dibujo clásico para una pila bautismal; el árbol de tronco recio que asentaba su fuerza en un solo pie de paquidermo, erizado a trechos de costras o verrugas semejantes a lepromas; el árbol que fue testigo de más de una historia íntima, que oyó más de una confidencia a nuestros padres, que calló nuestras travesuras, que sonrió con nuestra alegría, que siempre nos brindó su sombra y nos ofreció sus frutos de jugo riquísimo, o nos amó,

en fin, como amaban las viejas esclavas a todos los que nacían en la casa paterna, a sus amos, que, a pesar de serlo, supieron soportar regaños y aun azotes de manos que en otro tiempo no fueron sino para la cadena infamante y brutal.

Ya murió. Mas antes de que te cuente su fin trágico. déjame evocar los recuerdos adormecidos de la infancia, aquellos recuerdos imborrables de los cuales somos santuario inviolable a través de la distancia y del tiempo, aquellos recuerdos que se apegaron a nuestra alma para morir con nosotros a semejanza de ciertas plantas que hincan sus raíces en los muros de sólido templo y lo quebrantan y vencen más pronto que la barra o la pica.

Quince o veinte pulgadas tendría el diámetro de su base. y como el tronco era hueco. abierto por una portada que tenía todo el delineamiento de una perfecta ventana gótica, allí, en aquel recinto adecuado para la habitación de ave nocturna, halló nuestra fantasía cauce a sus ensueños infantiles. y allí se realizaron, por modo vago e inconsciente la realidad de lo pasado que aprendimos. las enseñanzas dolorosas de lo que fué entonces deseado porvenir.

No han pasado muchos años, y sin embargo me parece que una distancia inmensa se interpone entre los días de nuestra niñez y los de hoy, cuando apenas la vida comienza a marcar de modo visible sus instantes transcurridos en el reloj del tiempo. He aprendido, no sé por qué arte, a olvidar lo de ayer para recordar con más íntimo goce lo que pasó cuando comencé a darme cuenta de mis impresiones de niño:



mi vida tiene algo de retrospectivo que no me explico, aunque mis sentimientos me dicen que vivir del pasado, por doloroso que éste sea, es un bien inestimable que a pocos hombres es concedido.

Tú entonces contabas siete años. Recuerdo que alguno de tus parientes te había obsequiado con una hermosísima muñeca de una cuarta de largo, de pelo blanco y fino, de ojos azules que se entornaban cuando se inclinaba hacia atrás, boca apenas entreabierta que ostentaba una hilera de dientecitos muy blancos... Vestía un traje gris con franjas azules, y el menudo zapatito delante tenía una hebilla en forma de estrella que brillaba con luces de finísima joya.

El instinto de la maternidad, que se revela tan pronto en la mujer, te había constituido en perfecta arrulladora, mejor dicho, en una niña-madre que se forja ensueños de la vida real con una muñeca de porcelana de Sevres. Eras feliz, pero tu felicidad, como dijo algún poeta, debía durar lo que las rosas. Una tarde, cuando más dichosa te creías con tu hermoso juguete, se te desprendió de las manos y se estrelló en las piedras de la calle. Tu amargura fué intensa como la de nosotros los que te acompañamos en el hondo duelo, y si he de hacerte una revelación, es la de que la primera impresión triste que tuve de la muerte fue la de la desaparición de tu muñeca.

Sí, creo verla aun—como he visto después muchas personas de mis afectos— rígida, con los ojos hundidos, la boca contraída con expresión de angustia, el cabello en desorden, fría, con esa frialdad de las cosas inertes que piden el olvido ocultándose para siempre en el seno de la madre común...

Una caja de dominó le sirvió de ataúd. Tu la ataviaste con un recorte de tul blanco, le pusiste azahares como a una novia, la velaste en tu alcoba como a una persona muy querida, y a mí me tocó ese día el desempeño de doble papel: le recé, imitando a nuestro párroco, las últimas oraciones, para luego convertirme en sepulturero. La llevé en mis brazos, acompañado por nuestros amigos de la vecindad, y en el mismo tronco del naranjo cavé un hueco hondo, muy hondo, y la deposité con cuidado, y la cubrí de tierra, y luego puse una corona de mirtos y de rosas sobre el montoncito que indicaba lo largo del cuerpo sepultado.

Y allí, al pie del árbol viejo, había tenido lugar otro drama no menos interesante: el entierro del canario de mi hermana, que aquel día se convirtió en plañidera, haciéndonos reír con risa de bufos, hasta que amortajamos al pajarito y le dimos digna sepultura en la caja de zinc de un espejo automático.

No puedes imaginarte cómo se levantaban en mi espíritu los pensamientos, delicados y graves a un tiempo, cada vez que iba a nuestro pueblo y pasaba junto al árbol añoso. Muchas veces me acerqué pasándole la mano por su corteza ruda como si acariciase un animal de mucho aprecio; y entonces comenzaba a vivir de lo pasado, de lo que quedó con nosotros atrás para no volver nunca, y en medio de aquella atmósfera suavísima de los recuerdos en que me colocaba la auto-sugestión provocada, un mundo de infinitas alegrías desfilaba ante mí con formas caprichosas de seres alados que le hablan a uno de las cosas que fueron, pero de modo tan delicado y sugestivo, que siente el corazón

nueva savia para seguir viviendo.

La casa paterna ya no era mía: la lumbre del hogar calentaba a otros, pero el árbol viejo estaba aun allí, hablándome siempre de cosas gratas, de las cosas que dejamos atrás con nuestra niñez y nuestra inocencia candorosas.

De pronto me parecía estar en medio de los niños del vecindario. nuestros primeros amigos, de los cuales cayeron ya algunos como espigas antes de sazón. Allí estabas tú, y mi hermana, y muchos otros niños. riendo sabrosamente, cada vez que del árbol, remecido por el viento, caían como menuda lluvia desgajados los azahares, húmedos de rocío, sobre nuestras cabezas y sobre las páginas del libro primario en que aprendíamos, titubeando, las lecciones del día siguiente.

El suelo estaba cuajado de pétalos blancos que transcendía a gran distancia: yo te enseñaba a deletrear según el sistema bárbaro que practicaba nuestra pobre maestra de primeras letras, pero el repaso era interrumpido con frecuencia por cualquier acontecimiento baladí que nos atraía, y la lección quedaba, por lo general, mal aprendida.

Los azulejos picaban y picaban la fruta ya madura; la oropéndola, que bajaba de sus agrias montañas, lanzaba sobre nosotros su canto diatónico, y nuestras miradas se perdían con las hormigas que venían a cargar los azahares deshojados para llevarlos a sus trojes, ocultas en la tierra, con las sinuosidades irregulares de inextricable laberinto... Otras veces era un rapazuelo de la vecindad que se subía al árbol, sin au-nuencia de nosotros, y cuando más encaramado estaba robando el fruto, corríamos a él, lo cercábamos al pie

para que no se escapase, y comenzábamos por arrojarle injurias antes que los pedriscos o naranjas que regados había por todas partes. El muchacho, acorralado por nuestros gritos y dieterios, se ocultaba detrás de las ramas esquivando los golpes que le asestábamos entre risas y bromas; luego se descolgaba como un perezo, y por último a tierra, en medio de la rechifla general, nos miraba de frente con picardía sin ejemplo, rompía la valla que le oponíamos, y cuando estaba fuera del alcance de la piedra, nos hacía gestos como un mico, y sacando de los bolsillos del raído pantalón hermosas naranjas, nos las mostraba en actitud desafiante para que fuésemos a quitárselas. Nuestra ira se convertía en risa, y el ladrón era amigo después que venía a ofrecernos sus habilidades para coger las frutas apenas maduras.

Y la agonía llegó, como ha de llegarnos mañana a nosotros. Sus frutos comenzaron por ser cada vez más pequeños, aunque ricos siempre en jugo sabrosísimo. La última vez que fui a visitarle llegué acompañado de mi hija, que aun no contaba un año. Vivíamos en la carnicería de la guerra de los tres años, la guerra funesta que destruyó nuestra riqueza y se llevó en su turbión asolador a muchos de nuestros mejores amigos.

Una rama se inclinaba al suelo, rota, debido seguramente a la travesura de algún galopín malintencionado. Mi hija, que apenas comenzaba a modular inarticuladas voces, se reía al ver que su manecita no alcanzaba la fruta verde que gravitaba sobre su frente sombreada de pelo muy negro, y mientras me entretenía balanceándola en mis brazos como si reme-

dase el cuadro de *Las llavecitas* de nuestro Garay, un presentimiento se grabó en mi alma, y me aparté de allí con el dolor de los que ven morir una a una las ilusiones que se amaron mucho.

Después.... ¿Para qué decirlo? Una mano criminal se encargó de cumplir una orden infame. Un hachazo... dos... tres... Algo como un quejido con mezcla de protesta. La parte más alta del centro estaba florecida semejando el ramo de una novia. El pobre viejo se había ataviado con los emblemas de la esperanza para morir como rey destronado en maldecida guillotina.

La mano del verdugo siguió su tarea. Otro hachazo.... otro crujido.... Y se desplomó al fin el árbol centenario, nuestro amigo dilecto; y cayó para no dejar huella siquiera de su paso en el tiempo, como van cayendo paulatinamente del corazón los afectos tiernos y las esperanzas que nos dijeron algo de lisonjas indecibles...



**EN EL PROXIMO NUMERO PUBLICAREMOS:**

# **TODO UN CONFLICTO DE SANGRE**

y otros cuentos de

**Rogelio Sinán**

\* \* \*

Lea en nuestros números anteriores:

**Vocación filosófica del  
Doctor Justo Arosemena**

por J. D. Moscote

**El Marqués de Lumbría**

por Miguel de Unamuno

**Panamá, País y Nación  
de Tránsito**

por Octavio Méndez Pereira

**LA INSTITUTRIZ**

por Stefan Zweig

\* \* \*

**Suscríbase a la  
"Biblioteca Selecta"**



# LA NUEVA LEDA

CUENTO POR  
DARIO HERRERA

—La tarde está linda, mamá; hoy no siento fatiga, no he tosido desde esta mañana... Ves? Respiro muy bien, y creo que pronto estaré bien. Déjeme ir a Palermo: no es día de corso y el paseo me pondrá mejor... te lo aseguro.

La madre contempló a la hija con su angustiosa mirada de siempre, y un rayo de esperanza brilló en aquellos ojos. Sobre la demacración terrosa del rostro de la joven, aparecía difundida una leve aurora; las pupilas tenían resplandores más intensos, y todo el semblante ostentaba inusitada animación, cual si en aquel organismo, corroído por la tisis, comenzara a rea-

lizarse una resurrección milagrosa.

El permiso fue concedido; y de la Avenida Alvear la victoria partió, al trote del vigoroso tronco. Recostada sobre los cojines del carruaje, Julia bebía con fruición el aire oxigenado de la gran calzada. Iba sola, y esto la contrariaba. Experimentaba la necesidad de hablar; una alegría secreta, cual fluido mágico, le circulaba por los nervios. Nunca se sintió en tan benéfica disposición moral; sus ideas tejían sueños luminosos, y su cuerpo, impregnado de ese jocundo baño interno, se aligeraba, llenábase como de vida nueva, e imprimía a sus músculos agilidad y fuerza... Sí, experimentaba la necesidad de hablar, de comunicarse con alguien, y lamentaba no llevar a su lado a alguna amiga. Pero carecía de amistades íntimas, hacía varios años. El mal se le inició durante el paso peligroso de la infancia a la pubertad, y su manifestación más significativa fue una melancolía constante, que la retrajo de todo trato social. No se la veía desde la época en que, sana y fresca como las yemas primaverales, vertía en torno suyo el encanto de su inteligencia precoz y la gracia de su prometedora belleza. Así atravesó en su victoria, inadvertida, por entre los concurrentes de Palermo, y fue a situarse junto al lago, bajo la radiosa calma vespertina...

Y en la tarde declinante, el lago esplendía como un espejo, en su quietud bruñida. Los árboles de la orilla lo circundaban, proyectando sus sombras en el agua hospedadora. Por intervalos, desprendíase alguna hoja seca, voltejaba en el vacío, y descendía a posarse sobre la superficie temblorosa. De las avenidas inmediatas, sordos e intermitentes, llegaban el ruido de



los carruajes, el reilar de las bicicletas, o el murmullo de las pisadas de los paseantes. Y la sensación de soledad del sitio, rota un momento, recobraba su imperio; y entonces, vibraba más claro y musicalmente el vuelo de la brisa entre el ramaje sonoro. Arriba, el cielo lucía incólume su azul, pálido como seda antigua; y en el horizonte, una gran nube de violeta episcopal, era como un suntuoso catafalco que la noche preparaba al sol.

De improvviso, en un recodo del lago, muy cerca, surgieron dos cisnes; avanzaron, e inmovilizáronse luego sobre la onda trepidante. Parecían contemplar, con recogimiento meditabundo, la extenuación de la luz. Eran distintos: el uno blanco cual un copo de nieve virgen; el otro negro como el terciopelo funerario; ambos igualmente hermosos en sus opuestos plumajes. . . Julia los miraba desde su coche, en el que hacía unos minutos se tendía con languidez, perezosa, fatigada, mientras un secreto malestar, una vaga opresión, le acongojaba el pecho, tal como si una bomba neumática, lenta, furtivamente, le extrajera de los pulmones dosis de aire. El cisne negro la entristecía, sin saber por qué; antojábasele un pájaro mortuorio, y su pico teñido en sangre por algún acto cruel. En cambio, el blanco, al cual iban con más insistencia sus ojos, le traía al cerebro una visión lejana, cuando años antes, viajaba con sus padres por Europa: un cuadro pictórico, visto no se acordaba dónde, en París, o en Roma, o en Florencia. En el cuadro, un soberbio cisne, de blancor lácteo, desplegaba amorosamente sus alas sobre el cuerpo desnudo de una mujer, cuyas carnaciones opulentas parecían bañadas en una luz blonda.

El cuello del ave se estiraba hasta el rostro, y su pico posábase en la boca, audazmente, como ávido de beber la sonrisa de los labios entreabiertos... Aquel cuadro, mirado con indiferencia infantil, había persistido, por uno de tantos fenómenos cerebrales, en la memoria de la niña; y de su estado latente pasaba ahora a evocación activa, cristalizándose, lleno de revelaciones... "Qué dulzura suprema —pensaba Julia— la de esas alas sedosas, tibias, sobre la piel estremecida de la inspiradora del cuadro...!"

A este punto, un escalofrío le recorrió el cuerpo como ráfaga glacial. La tarde, sin duda, se enfriaba. Arrebujóse en el abrigo, puesto en el coche por la previsión materna, y volvió a recostarse sobre los cojines. La fatiga le aumentaba; crecía el secreto malestar de su pecho. Intentó retirarse, mas le detuvo el pensamiento de que si allí, en aquel paraje despejado, el aire le era esquivo, peor le sería en cualquier otra parte. Sin embargo, y a pesar del abrigo, un escalofrío más recio le frotó de nuevo la epidermis, sacudiéndola toda. Sutiles corrientes de hielo deslizábanse ahora en la circulación de su sangre. Los oídos le zumbaban. Por el rudo latir de las sienes adivinaba que la cabeza le dolía, que le dolía violentamente; pero, el dolor escapaba a su percepción mental, le era insensible. Y la ligereza fluída de su carne, en vez de aminorar, progresaba, prestándole la ilusión de ser ya un elemento etéreo... Súbito, el paisaje se nubló; los seres y las cosas circundantes palidecieron, perdiendo sus perfiles y contornos. Luego se borraron, se disiparon, se extinguieron y ante sus ojos solo quedó flotando una gruesa bruma gris.

En verdad, aquello era anormal. Así lo comprendió Julia. Dióse también cuenta de que en ella moraba la causa, de que había recrudecido su enfermedad, de que se hallaba, tal vez, muy grave. Convino, de modo cabal, en lo urgente de su regreso a casa; y trató de incorporarse para dar al cochero la orden. Pero dominaba su voluntad una inercia imperiosa, y su pensamiento permaneció incapaz de exteriorizarse. Y no pudiendo abandonar su actitud, inapta a toda acción física, cerró, resignada, los ojos al peso insostenible de los párpados... Entonces, al través de ellos —cual si fueran sustancia translúcida— vió operarse una como representación teatral, en la que, a un tiempo, ella actuaba y presenciaba, siendo, por tal virtud, la espectadora de sí misma.

En su casta desnudez, semejando una flor cándida, Julia se mecía sobre el lago. El agua era templada; pero, a ratos, colábanse por entre ellos hilos finísimos de un líquido más denso, un líquido congelante, a cuyo roce el cuerpo le tiraba con temblores espasmódicos. El firmamento, velado por nubes caliginosas, era una lámina de plomo; y sobre ese fondo, sombríamente gris, en el cenit, un sol enorme, níveo, como de plata fundida, flameaba. La hoguera meridiana encendía la atmósfera; y ésta, bochornosa y rarefacta, producía en la joven jadeos sofocados.

En torno suyo, distante, un cisne blanco trazaba círculos centrípetos. Verificaba la aproximación de espacio, en silencio. A medida que se acercaba, engrandecía, abrigantándose su blancura, hasta despedir reflejos deslumbradores. Ya junto a ella, gigantesco, irradió un calor húmedo, y la envolvió en él, provo-

cándole una transpiración copiosa. Enseguida le rozó el cutis con la felpa del plumón; el pico le cosquilleó en los labios, y las alas tendiéronse y empezaron a abanicarla rítmicamente... Pero todos estos contactos no la deleitaban, ni le eran siquiera inofensivos: antes bien, causábanle agudos martirios. El plumón tenía la frialdad cáustica de la nieve; sobre su boca el pico imitaba una ventosa que le sorbía, poco a poco, con tenacidad implacable, la respiración; y el aire removido por aquel inmenso abanico carecía de frescura, tornándose, al contrario, en una especie de gas, cada vez más asfixiante. Y el terrible pájaro gravitaba, ya por entero, en sus miembros paralizados, con peso abrumador. Y le fue odioso, infinitamente odioso; y como su cuello curvo serpenteaba sin cesar delante de los ojos de ella —de nuevo abiertos, casi exorbitados— alargó los brazos para asírselo: para, a su turno, asfixiarlo, estrangulándolo, y de esta suerte cobrarle con todo su sufrimiento...

La extraña dualidad que poseía le permitió verse: su mano se agitaba en el espacio persiguiendo, en pugna encarnizada, el cuello del cisne. Y aquel cuello serpentino la chasquea, siempre, evadiéndose de los dedos con vertiginosa rapidez, en una burla abominable, en zigzagrear tormentoso. La lucha duró unos minutos; al fin cansada abatió los brazos, recuperándola su inercia. Y para salvarse, al menos, de la visión de esa víbora blanca —la cual, después de oscilar burlesca ante su vista, le reanudaba en los labios la horrible succión del aliento— convirtió los ojos a lo alto. El cielo presentaba una modificación siniestra: tenía ahora el tinte de un terciopelo fúnebre. Y sobre aquella

techumbre fatídica, fijo aún en el cenit, el sol se había trocado en una esfera roja, de un rojo sangriento y opaco. También la actitud de ella en el lago era diferente: hallábase en pie, rígida, encima del agua, que la soportaba y retenía como una imantada superficie sólida. Y así erguida, el malestar interno seguía su labor torturadora, duplicado, mientras fuera las alas continuaban abanicándola, removiendo, trasmutando el aire, enviándoselo en ondas crecientes de gas asfixiante. Y sobre su carne convulsiva el contacto del plumón era más frío...

Un brusco dolor en el pecho, un dolor atroz, destrozante como una mordedura la obligó a bajar los ojos. Y su espanto no tuvo límites. El monstruoso pájaro le horadaba el pecho, arrancándole pedazos de carne viva... La mirada agresiva dardeándola con sus pupilas fosfóreas en centelleos malignos. Luego, el pico volvió a penetrarle por el seno izquierdo, taladrándoselo, y empezó, dentro, a hurgarle en el pulmón, a morderse, a desgarrárselo, deshilachándoselo fibra por fibra con parsimonia feroz. El suplicio de ella era horroroso, y lo acrecentaba hasta lo imponderable su tiránica inercia...

Ya se creía condenada irredimible de aquella tortura, cuando de ahí que un tercer actor intervino, surgiendo, de repente, entre ambos. Era un cisne negro, gigantesco también, de lustroso pico escarlata, de plumaje aterciopelado, de aspecto, a la vez, lúgubre y espléndido. Y a su presencia, el blanco retrocedió, se alejó, huyó veloz, evaporándose en la penumbra reinante... "Este viene a seguir más cruelmente la obra del otro" —se dijo Julia, desesperada. Pero oh pro-

digio! el negro cisne la estaba contemplando benigno, con ojos cariñosos, con ojos maternos, con ojos de una infinita dulcedumbre. Y sus alas se abrieron, y la arroparon, tibias, sedosas, acariciantes. Y aquella comunión de su cuerpo, infiltraba en el de Julia un bienestar inefable: le anestesiaba el pecho, se lo untaba como de un bálsamo maravilloso, y le desvanecía todos los dolores, todas las angustias, todos los tormentos...

En tanto, no se apartaban de los suyos los ojos del ave, llenos de no sabía qué ultraterrena ternura. Después, el pico la besó en la boca... y Julia sintió que deliciosamente se dormía.

Fue el beso piadoso de la muerte...





# EL GRAN PESO

CUENTO POR  
RICARDO MIRO

Los recuerdos más risueños de mi niñez están enredados en torno de la inolvidable figura de Pepe, el dulcero español, quien me llamaba cariñosamente *Candelilla*, sin que yo hubiera podido nunca explicarme el por qué. Con su bandeja colocada horizontalmente sobre el vientre y sujeta al codo por una correa de cuero, con su corneta en una mano, su plumero espanta-moscas en la otra y su birrete blanco, echado hacia atrás, tenía cierto aire marcial de Napoleón de pastelería, muy del agrado infantil. Y aquella tiesa arrogancia, obligada por la bandeja, y cier-

ta naciente obesidad, habíanle conquistado el apodo de *Barriga*, que se convirtió en indispensable aditamento a su nombre. Y *Pepe Barriga* era el hombre más popular de la ciudad por aquellos lejanos y felices tiempos del caramelo y la cometa.

De medio día abajo la familiar corneta de *Pepe Barriga* atronaba las calles de la población entre el ruidoso saludo de su infantil clientela que asomaba en jubilosa recepción a ventanas, balcones y zaguanes en demanda de la siempre bien presentada y sabrosa golosina. Y *Pepe Barriga* tenía para todos una palabra de cariño o una caricia paternal; y cuando notaba que algún diario cliente se quedaba mohino, a la zaga, mirándolo con ojos tristes desde la acera, *Pepe*, que adivinaba la momentánea quiebra de su favorecedor, lo llamaba, lo miraba y lo obsequiaba con un dulce, que apuntaba al capítulo de ganancias y pérdidas. Y de ahí que, como la niñez es agradecida por instinto, aunque muchos quisieron hacerle competencia, nadie pudo reinar como *Pepe* en el corazón de su larga clientela. Y *Pepe Barriga* comenzó a prosperar.

Un día la corneta de *Pepe* sonó más alegremente que nunca y la bandeja de dulce vino mejor surtida, y adornada con banderas: *Pepe* se despedía; en adelante no ambularía por las calles sino que ofrecería sus servicios en la pastelería que iba a abrir en un lugar céntrico de la ciudad. Y para despedirse como correspondía a un dulcero de su fuste, esa tarde los dulces eran gratis. Y aquel día fué memorable para nosotros, porque la bulliciosa clientela infantil fue sumando cola detrás de *Pepe* hasta dejarlo en su nueva casa, como un tributo de cariño al simpático amigo.



Con humilde mueblaje de confección nacional, **Pepe** abrió su pastelería en una pieza de una sola **lumbre**. Además de los acreditados dulces, vendía ahora **salchichón** de **Vich** y vino español, entre los cuales pronto se hizo popular un amontillado que era vino de gloria si se rociaba sobre los leves y esponjados **bizcochos**, especialidad de la casa.

Y a la infantil clientela que antes de llegar al **colegio** hacía obligada escala en la pastelería, se había agregado ahora otro grupo grave, obeso y parsimonioso, formado por hombres de la industria, del comercio y de la política, que, al caer de la tarde y en la noche se congregaba allí a comentar los sucesos del día, mientras entre **bizcocho** y **bizcocho** y **chiste**, las botellas de amontillado se sucedían con gran satisfacción de **Pepe**, a quien los buenos señores daban, de cuando en cuando, vela en el entierro.

El negocio marchaba tan bien que a poco de abierta la pastelería hubo necesidad de ensancharla y de buscar sirvientes, y ya **Pepe** pudo dedicarse con más frecuencia a atender a su distinguida clientela y hasta a departir con ella cuando se lo permitía su negocio. Y un día uno de sus amigos propuso a **Pepe** un negocio. Cada uno de los dos aportaría un capital de dos mil pesos que se invertiría en la compra de nóminas y de cuentas contra el Tesoro Nacional, a un módico interés de setenticinco o sesenta por ciento de descuento. **Pepe** compraría los documentos y su amigo, el señorón, los haría pagar. Luego, todos los días, se repartirían el producto.

me invitó a que lo siguiera. Don Pepe, en chaleco, se había adelantado hasta la puerta del tocador, con los brazos abiertos.

—Pero usted está muy remozado y muy elegante y muy bien de salud, Don Pepe.

—Ya ves, chiquillo, la vida, la vida... y tú, todo un señor diplomático... Vamos, vamos... que hay que convenir en que la vida es buena.

—Sí que lo es, afirmé yo, mientras admiraba la riqueza y el gusto que había en todo lo que rodeaba a Don Pepe.

—Pues casi no me encuentras y me hubiera apenado mucho. Figúrate que ayer me han hecho Presidente de la Asociación de Exportadores de España y necesitan mi cliché para la Revista de la sociedad. Y me voy a retratar; pero te vendrás conmigo y daremos un paseo en coche.

Yo observaba atentamente a Don Pepe. En mi tierra hubiera sido poco fácil encontrar quien reconociera a Pepe al primer golpe de vista en aquel caballero pulcramente vestido, con los bigotes enhiestos por el uso de kaiserizador y con aquel aire general de Presidente del Consejo de Ministros, que emanaba de toda su figura prócer; pero yo, enfermo de la manía de las disecciones, quitaba a Pepe la levita, el chaleco y los bigotes, y volvía a encontrarme, como diez años atrás, frente a frente de *Pepe Barriga*, mi inolvidable y generoso amigo, con su bandeja delante, su plumero en una mano y la corneta de cartón en la otra. Porque Don Pepe había conservado aquel aire marcial que necesariamente se derivaba de la correa que, pasando por el cogote, sujetaba la bandeja afirmada horizon-

talmente sobre su barriga. Y de estos recuerdos me sacó un golpecito de Don Pepe. invitándome a seguirlo.

Al llegar a la calle el coche de Don Pepe, nos esperaba. Era una linda berlina, tirada por un hermoso tronco de piafantes caballos negros, y el lacayo, de levita azul, pantalón de franela y botas vueltas de charol, nos esperaba y después de tomar la dirección, cerró la portezuela y subió al pescante. El látigo resalló, y los caballos arrancaron estrepitosamente, entre la curiosidad de los transeúntes, que se detenían para vernos pasar.

\* \* \*

El fotógrafo corría solícito del enfocador hacia Don Pepe, con aquella amabilidad casi servil del hombre que vive luchando a brazo partido con la competencia y se encuentra de pronto con que la fortuna le depara un cliente de dinero y de alta posición. Y arreglaba con *amore* los pliegues de la levita, temeroso de no agradar, e imprimía a la marcial apostura de su distinguido parroquiano cierta dejadez que eliminara aquel estiramiento un tanto militar y retador, y hacía en fin, todo lo humanamente posible por dejar satisfecho a Su Excelencia, como él decía; pero era inútil: tan pronto como el fotógrafo tornaba al enfocador y se cubría la cabeza para sorprender bajo el paño cualquier imperfección de detalle o de luz, Don Pepe se echaba insensiblemente hacia atrás y presentaba el abdomen, aquel conocidísimo abdomen que le había valido, años atrás, el apodo de *Pepe Barriga*.

El fotógrafo repitió:

—Su Excelencia me perdonará, pero... no eche

**hacia atrás la espalda...** Así, así, recto... Eso es... **Permítame...**

Y el buen hombre corría al enfocador, y Don Pepe, sin darse cuenta de lo que hacía, se echaba nuevamente hacia atrás, como en sus buenos tiempos...

El fotógrafo estaba nervioso y gruesas gotas de sudor le llenaban la frente. Suavizó por última vez la apostura de Don Pepe, arregló de nuevo los pliegues de la levita y se fue al buscador, y Don Pepe volvió a echarse atrás. Entonces, el pobre, para ser gráfico, advirtió, suplicante:

—Si Su Excelencia se echa hacia atrás, parecerá que lleva una bandeja delante!...

Yo, a dos metros de Don Pepe, debí enrojecer, porque la cara me ardió; y Don Pepe, entre una estruendosa carcajada de hombre que se divierte, me dijo:

Qué opina, *Candelilla*?... Terrible ojo clínico, eh!



# PROTEJA LA SALUD DE USTED Y DE SUS HIJOS

Ninguna persona puede gozar de buena salud si no se alimenta con una dieta balanceada con todos los alimentos que contienen las sustancias nutritivas indispensables para el mantenimiento de la vitalidad humana.

De acuerdo con los productos del país, ésta es la mejor dieta balanceada que podrá usted emplear para la nutrición de su hogar:

## NIÑOS EN CRECIMIENTO:

- 4 vasos de leche o 4 rebanadas de queso
- 1 huevo
- 2 servidas de carne
- 3 vegetales además de arroz
- 2 servidas de pan con mantequilla
- 2 frutas

## ADULTOS:

- 3 vasos de leche o 3 rebanadas de queso
- 1 huevo
- 2 servidas de carne
- 3 vegetales además de arroz
- 2 servidas de pan con mantequilla
- 1 fruta

Ninguno de los factores integrantes de esta dieta alimenticia debe ser excluido en beneficio de otro factor; es decir, no sería beneficioso para la salud tomar, por ejemplo, seis vasos de leche al día para dejar de tomar vegetales.

Solamente después de satisfechos los requisitos de ésta la persona debe comer cualquier otra cosa que su apetito exija.

**La siguiente es la lista de los alimentos agrupados según sus cualidades alimenticias que deben servirse diariamente a la mesa:**

**VEGETALES:** en su orden de preferencia así:

- a) los vegetales verdes con hojas. Por ejemplo: habichuelas, espinacas, lechugas, repollo, berro, etc.
- b) los vegetales de color amarillo, rojo, etcétera; por ejemplo: zanahorias, zapallo, remolacha, etcétera.
- c) las legumbres: frijoles, habas, lentejas, porotos, guandú, etc.
- d) los cereales: maíz, avena, trigo, cebada, arroz.
- e) los vegetales de color blanco; por ejemplo: papas, yuca, ñame, etc.

Las frutas tropicales, por el hecho de ser soleadas, contienen más alta calidad nutritiva que las demás. En orden de preferencia deben servirse a la mesa las siguientes: naranjas, bananos, papayas, mangos, piñas, aguacates, manzanas, uvas, etcétera.

Esta dieta alimenticia será de gran valor nutritivo para todos los miembros de la familia.

**Junta Nacional de Nutrición.  
Banco Agro-Pecuario.**

**La mejor HARINA DE MAIZ de  
la República**

**la fabrica**

## **EL MOLINO SEVERINO**

**Calle Montesión No. 10—Tel. 278—Apartado 717**

**Panamá, R. de P.**

## **FARMACIA SELECTA**

**Magnífico surtido de medicinas de patente**

**PERFUMES**

**COSMETICOS**

**PRECIOS RAZONABLES**

**Teléfono 66**

**Calle "T" No. 4**

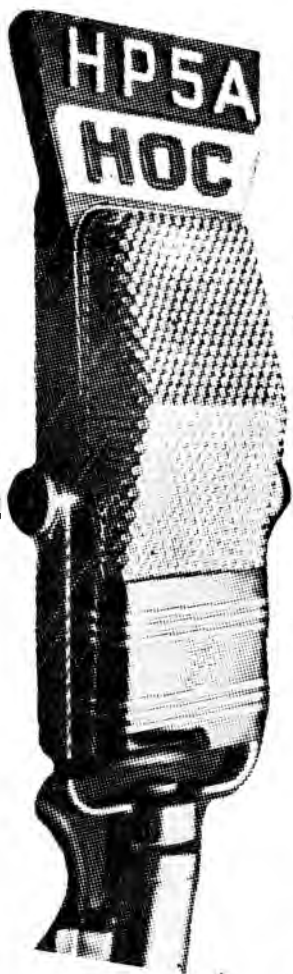
**C**adena

**HOC Y HP5A  
PANAMA**

**P**anameña

**HOK Y HP5K  
COLON**

**R**adiodifusión



# EL BUEN VECINO, S.A.

(Carretera del Aeropuerto No. 60)

## FABRICA DE ROPA

GUAYABERAS, PIJAMAS, PANTALONES Y

UNIFORMES PARA NIÑOS Y HOMBRES

Gerente General: Raimundo Ortega Vieto

Teléfono 2732\_J

Apartado: 572

# *Angelini*

COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890



Teléfono 887-1687

Avenida Central 179



• R O N •  
**M O R G A N**



El más recomendado para  
cocteles y ponches



**LICORERA DEL  
PACIFICO**

**Tel 2136-B**

**Aptdo. 321**

**Librería**  
**Ibero - Americana**

**AVENIDA "B" 98**  
(Cerca de la Estación del  
Ferrocarril)

**Libros: Filosofía**  
**Ciencias Ocultas**  
**Literatura Arquitectura**  
**Medicina etc.**

**MUEBLERIA**  
**TUÑON**

**Ave. Central y Calle 31**  
(Edificio San Roque)

**Muebles cómodos y**  
**elegantes a precios**  
**especiales**  
**Compre sus muebles con**  
**tiempo.**  
**Aproveche nuestros**  
**precios especiales.**

**CANTINA**  
**TIA JUANA**

**El sitio ideal para**  
**ver a sus amigos.**

**Calle J. No. 1**  
**Panamá, R. de P.**

**Centro**  
**Internacional**  
**de**  
**Importaciones**  
**y**  
**Exportaciones**  
**Ventas al por mayor**  
**D. G. LANGSHAW**

**Calle 12 Nº. 14**  
**Teléfono 1394**  
**Apartado 799**  
**Cables "Langshaw"**  
**Panamá, R. P.**